

gro; del Norte no hay noticias; de modo que la situación militar es, y lo repito, bien mala, peor que en el Otoño anterior.

"Se ha perdido un tiempo precioso; se ha arruinado el Tesoro; la confianza pública disminuye, y todo esto porque se ha hecho creer en París que la guerra está terminada gloriosamente; que territorios inmensos, mayores que la Francia, están ya tranquilos y pacíficos. Creyendo en estos informes, falsos completamente, se ha retirado un número grande de tropas, queriendo ganarse por ese medio á la oposición. Se ha dejado un número insuficiente de tropas. Por otra parte, se nos hace gastar sumas enormes para las malas tropas auxiliares, y de este modo el pobre país debe pagar la tropas francesas que no existen, y hordas de indígenas que no le hacen más que daño; y en recompensa de estos inmensos sacrificios pecuniarios, vemos las ciudades principales del país, los centros de la riqueza, amenazados por tropas audaces, á las cuales se les quiere llamar ladrones, pero que manifiestan talentos militares muy notables, aprovechándose inmediatamente de las grandes debilidades de nuestra situación.

"En todos estos puntos hay dos cuestiones serias que arreglar: la insuficiencia de las tropas y las sumas inauditas que desaparecen en esta lenta y desgraciada guerra. El punto capital del momento es asegurar las ciudades grandes; la pérdida de Guanajuato sería una desgracia irreparable; la ocupación de Morelia un escándalo sin nombre. Tratándose de la primera de estas ciudades, me acuerdo muy bien de las promesas que se me hicieron el año pasado; se hablaba entonces, como ahora, de las lluvias; se decía que todo se haría en el Invierno; se hacían mil promesas á las desgraciadas poblaciones; se ha pasado un año y estamos en la situación más deplorable. Enviaré á Guanajuato al Ministro Robles, á Morelia iré yo mismo con Heriller, si el estado de mi salud, bastante malo, me lo permite.—Maximiliano."



CAPITULO XII.

La cuestión francesa en los Estados Unidos.—Manifestaciones del pueblo americano en contra de la Intervención.—Tentativas infructuosas de Maximiliano para entenderse con el Gobierno de los Estados Unidos.—El Marqués de Montholon representante de Francia en los Estados Unidos.—Su presentación en la "Casa Blanca."—Su discurso de recepción.—Respuesta significativa del Presidente Johnson.—Algunos antecedentes.—Política de Maximiliano y de Bazaine para contrariar á los Estados Unidos.—Inconveniencia de esta medida.—Nota del Ministro americano al Gobierno francés.—Comentarios.—Interesantes comunicaciones cambiadas entre los representantes de Francia y los Estados Unidos, referentes á la desocupación de México.—La cuestión religiosa.—Su fracaso en Roma.—Exposición del Papa al Archiduque.—Falsas deducciones.—Términos en que se expresaba Maximiliano respecto de la curia romana.—La administración pública en el Imperio.—Desbarajuste en todos sus ramos.—No había presupuesto.—El Teatro Real.—Su inutilidad.—Conducta indecorosa del poeta Zorrilla, su director.—Casamiento de Bazaine.—Donativo de Maximiliano al Mariscal de una valiosa finca.—Es censurado tal acto de inconveniente prodigalidad.—Maximiliano pide el relevó de Bazaine.—Inconsecuencia de su conducta.—Reclamaciones francesas.—Su notoria injusticia.—Nombramiento de la Comisión mixta, con arreglo al artículo 15 del Tratado de Miramar.—Son desechadas en su mayor parte.—Triunfo de México.—Arreglo del pago de los bonos Jecker.—Opiniones militares.—Diversos combates.—Sorpresa de Jopala.—Toma de Tehuacán por el Jefe republicano Figueroa.—Ataque de Xochiapulco.—Incendio de este pueblo por sus esforzados moradores.—Son batidos los asaltantes.—Conducta heroica de los republicanos.—Derrota de una fuerza traidora en la Hacienda de Taxcantla.—Notable proclama del General Juan Crisóstomo Bonilla.—Monumento á Morelos.

Desde la intentona, harto criminal por cierto, de Napoleón III, de querer establecer en México una ridícula monarquía, este país asumió una nueva fase, pues el tal proyecto encontró desde luego, como es público y notorio, muchos y terribles opositores, que empezaron combatiéndolo en el terreno diplomático y continuaron en el de las

armas, hasta destruirlo y hacer expiar en un patíbulo al protagonista del drama, al aventurero austriaco que creyó seguro establecer su temeraria y fatídica dominación.

En el curso de esta obra hemos hecho relación, aunque sucinta, por exigirlo así la naturaleza de nuestro trabajo, de los principales sucesos de esa época tan notable; y ahora vamos á continuar esa narración, agregando lo que juzgamos pertinente para nuestro objeto.

Muchas causas, á cual más poderosas, se habían presentado en el campo de la política, amenazando deshacer *ese aborto imperial*, iniciado y sostenido por las bayonetas francesas; y á esas causas tenemos que unir hoy, y de una manera especial, la actitud y giro que habían tomado los asuntos públicos en los Estados Unidos del Norte.

Desde hacía tiempo, Maximiliano, poniendo en práctica el don de la torpeza que le era peculiar y hasta como característico, quiso entenderse, aunque de una manera secreta, con el Presidente americano, comisionando para el empiezo é inauguración de esas relaciones, á D. Luis Arroyo, quien no fué recibido, sino antes bien, despedido por el Gabinete republicano de aquella gran Nación.

En ésta nunca tuvo ascenso la tentativa del déspota francés: el pueblo americano, eminentemente demócrata, manifestó su disgusto primero, y después su actitud hostil de una manera tan decisiva y elocuente, que hizo disipar por completo la esperanza de todo arreglo con el incipiente Imperio.

Ya desde 1864, con fecha 7 de Abril, decía el Ministro de Relaciones Seward al representante de los Estados Unidos en París, lo siguiente:

“Señor: os envío copia de una resolución *aprobada por unanimidad* en la Cámara de representantes, el 4 de este mes. Ella afirma la oposición de *este cuerpo al reconocimiento de una monarquía en México.*

“.....No es preciso, después de lo que con tanta franqueza os he escrito para conocimiento de la Francia, decir que esa resolución traduce sinceramente el *sentimiento unánime del pueblo* de los Estados Unidos respecto á México.”

Así hablaban los federales en los momentos en que Richmond aclamaba las victorias del General Lee, y cuando los confederados aparecían poderosos y temibles.....; y un año después, la espléndida victoria obtenida en la gran República sobre los separatistas llenó de

asombro y estupor á los pueblos todos, así de Europa como de América, que contemplaban, aunque de lejos, las mil y mil peripecias de esa lucha gigantesca que hizo estremecer al Mundo. Pudo palpase entonces los cuantiosos elementos de todo género de que disponía ese pueblo, que salía airoso de una contienda sin igual en los anales de la guerra, y para la cual habría sido impotente la más poderosa de las monarquías europeas.

La patria de Washington salía del combate limpia de la mancha que empañaba su gloria, provista de un vigor extraordinario, abundante en elementos que le anunciaban una era indeficiente de prosperidad y de grandeza. Al reflejo de esos resultados casi fabulosos de la vitalidad, de la magnitud de las instituciones republicanas, los viejos tronos de Europa se conmovieron, bamboleando sobre sus bases inseguras, comprendiendo los monarcas la ingente necesidad de hacer á los pueblos en que reinan algunas concesiones oportunas, para impedir que la lógica popular sacara los últimos argumentos á que se prestaban los sucesos ocurridos de este lado del Atlántico, en su íntima conexión con algunas cuestiones capitales.¹

Cuando la lucha se hallaba más comprometida y en su período *más crítico*, el Gobierno americano, por razones de prudencia, bien atendibles por cierto, se mantuvo en los límites de una abstención decorosa y digna; mas una vez terminada la guerra, en Abril de 1865, dió pábulo á sus sentimientos de interés y simpatía hacia el pueblo mexicano y sus instituciones republicanas.

Johnson, que desempeñaba á la sazón la Suprema Magistratura, había dicho en la Convención de Baltimore, al aceptar su candidatura para la Vicepresidencia de la República, estas notables palabras: “Las naciones de Europa ansían nuestra ruina. Francia saca partido de nuestras dificultades interiores y envía á Maximiliano á México para fundar una monarquía en nuestras fronteras. Se aproxima ya el día de tomarle cuentas. No está distante el día en que la rebelión quede sojuzgada. Entonces atenderemos á los negocios de México, y diremos á Luis Napoleón: no podéis fundar monarquía alguna en este continente. (Grandes aplausos.) Una expedición á México sería una especie de recreo para los valientes soldados que hoy lidian en defen-

¹ Iglesias.—Revistas históricas.

sa de la Unión, y cuanto hay de francés en aquel país desaparecería bien pronto.”

En varios *meetings* celebrados en Nueva York, en San Francisco de California y en otras ciudades de los Estados Unidos; en discursos, en cartas, en artículos de periódicos, en opúsculos y folletos, y de cuantas maneras es posible, se emitían opiniones francas y enérgicas de las notabilidades del país, en favor de México. Igual actitud asumieron las Convenciones democráticas de Harisburgo y de Minesota, y la del Estado de Nueva York, reunida en Albany,

El 4 de Julio, el Mayor General Banks, en una elocuente oración cívica pronunciada en Nueva Orleans, dijo á tal respecto: “Hay que resolver esta cuestión. Respetamos y continuaremos respetando las primitivas adquisiciones de las potencias europeas, en este Continente; pero no podemos respetar una adquisición obtenida aprovechándose de nuestros disturbios domésticos, porque serían destructores de nuestras libertades, nuevos triunfos europeos en este Continente, cuya suerte futura corresponde exclusivamente fijar á los americanos. Una bandera extraña, cuando no hostil, flamea en nuestra frontera, y si es necesario la arrojaremos de allí.”

De igual sentir fueron el Mayor General Francisco Blair, que estuvo mandando en el ejército de Scherman el 17º Cuerpo; su hermano Montgomery Blair, Administrador de Correos que fué en el gabinete de Lincoln; el General Luis Wallau; el Honorable Winter Davis, Presidente de la Comisión de Relaciones Extranjeras en la Cámara de Representantes, y el Ministro del Interior, Mr. Harland, quien, al poner en la ciudad de Washington, el 13 de Julio, la primera piedra de un asilo para los huérfanos protestantes, dijo acerca del particular. “Cuando los franceses, que se muestran ahora muy amigos de nuestra prosperidad, tomaron las armas en defensa de la nacionalidad turca, todos aplaudimos; pero cuando intentan oprimir á la débil México, despreciamos su falta de valor generoso, y deseamos que sea la voluntad de Dios, en el orden de la Providencia, que nuestra República sea llamada á proteger á su débil República vecina.”

El Honorable Simón Cameron, Ministro de la Guerra en la administración de Lincoln, al recibir á una comisión que estuvo á hablarle de asuntos políticos, el 19 de Julio, se expresó en los siguientes términos respecto de la doctrina Monroe:

“Así como el pueblo americano no tiene la intención de mezclarse en lo que pasa más allá del Océano, está igualmente determinado á no consentir en el nuevo Continente, que una forma monárquica de despotismo ocupe el lugar de un Gobierno libre. Acaso sobre ningún otro asunto que el de la ocupación francesa en México, ha habido nunca una unanimidad más perfecta de sentimientos; y cuando llegue á ser necesario arrojar al ejército francés de sus usurpaciones en aquel país, no habrá diferencia de opiniones en cuanto al modo y términos de obtener tal resultado.”

El valiente General Sheridan, uno de los ídolos en aquella época del pueblo norte-americano, expresó en una carta que se publicó en los periódicos, su firme creencia de que no podía darse por terminada la guerra de los Estados Unidos, mientras no fuera Maximiliano arrojado de México, en unión de los franceses; y el Teniente General Grant, el pacificador del Sur, el personaje más popular en la nación vecina del Norte, por sus grandes é importantes servicios prestados á la causa de la Unión americana, manifestó una opinión enteramente igual, así en conversaciones á que se dió publicidad, como en documentos oficiales en que creyó de su deber consignarla.

Sería una tarea bien larga el querer referir en esta reseña las opiniones tan numerosas emitidas de manera tan notable en el país vecino, por personas de elevada posición social y política, acerca de la cuestión mexicana; baste para nuestro intento con lo que llevamos expuesto, que de seguro contribuirá á formar un juicio exacto acerca de aquellos acontecimientos que interesaron tan vivamente el buen nombre y lo porvenir de nuestra patria.

No obstante lo que antecede, Maximiliano hizo otro ensayo formal para ver si conseguía entrar en relaciones oficiales con el Gobierno de Washington: el primero, según llevamos dicho, encargado á Don Luis Arroyo, que fungía de Cónsul del Imperio, fracasó completamente, y el segundo, se encomendó á Don Mariano Degollado que se había adherido al poder emanado de la Intervención, y corrió la misma suerte, á pesar de haberlo intentado bajo el patrocinio de una carta de pésame por la muerte de Lincoln, y de felicitación á Johnson por su advenimiento al poder; carta que el Secretario Seward se negó á recibir, no obstante los esfuerzos de toda clase que se hicieron para evitarlo: el desaire fué, pues, completo.